

radores, y les destinó una habitacion, donde colocó centinelas, á fin de que no se comunicasen con los de la ciudad.

Llegó la noche. Hernan Cortés llamó á sus capitanes y les confió en secreto el plan que habia concebido, instruyéndoles de lo que debian hacer al llegar la hora de la ejecucion. Activo y previsor, aumentó el número de centinelas y vigilantes, y envió al campo tlaxcalteca algunas instrucciones relativas al proyecto meditado.

Los soldados españoles se entregaron al reposo, vestidos y con sus armas al lado.

Los caballos, con la silla y freno puestos, estaban junto á los jinetes, que dormian sin quitarse ni aun las espuelas.

La ciudad se encontraba entregada al descanso.

El silencio sepulcral de la pavorosa noche solo era interrumpido por el lúgubre y penetrante sonido de las bocinas con que los sacerdotes anunciaban el curso de las horas (1).

Hernan Cortés escuchaba aquel sonido, que se repetía á toda hora que transcurria, esperando con impaciencia la luz de la mañana. Ni un solo instante quiso cerrar los ojos, para vigilar sin descanso por la seguridad de su ejército.

(1) «Las horas de la noche las regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin, ciertos instrumentos como bocinas, con que hacian conocer al pueblo el tiempo.»—Gama, *Descripcion*, parte I, p. 14.

CAPÍTULO XXXV

Llegan al cuartel español los gobernantes de Cholula con las tropas que han de acompañar á Cortés.—Les hace saber éste que está descubierto el plan.—Sangrienta escena en los patios del cuartel.—Se hace general la accion en la ciudad.—Número de muertos.—Opiniones respecto del hecho.—Se restablece la paz.—Se abre el comercio y vuelve la ciudad á su pasada animacion.—Cortés hace que se reconcilien tlaxcaltecas y choluleses.—Cortés destina al culto católico el templo principal.—Hace que pongan en libertad á los que estaban alimentando para llevarlos al sacrificio.—Afea á los embajadores mejicanos la conducta de Moctezuma.—Niegan que haya ordenado el emperador nada contra los españoles.—Nueva embajada de Moctezuma agradeciendo lo hecho por Cortés con los choluleses.—Sube Diego de Ordaz al volcan de Popocatepetl.—Se refiere la ascension de Francisco de Montaña algun tiempo despues y su atrevida bajada por el cráter.—Se dispone la marcha para Méjico.—Los cempoaltecas piden permiso á Cortés para volverse.—Cortés se lo concede y les da muchos regalos.

Llegó el nuevo dia con no menos impaciencia esperado por Hernan Cortés que por los gobernantes de Cholula.

El jefe español habia concebido un plan que juzgaba infalible para hacer fracasar los proyectos de los choluleses, y anhelaba verlo en planta.

Los caciques acariciaban la lisonjera idea de apoderarse de los castellanos y conducirles al sacrificio para vengar el ultraje hecho á sus dioses.

La primera luz de la mañana encontró á Hernan Cortés á caballo en los patios de su alojamiento, y á sus soldados dispuestos para entrar en la lucha.

Los aliados cempoaltecas, con sus valientes jefes al frente, ocupaban un punto espacioso del edificio, instruidos por el caudillo castellano en lo que habian de hacer en los instantes precisos.

El ejército tlaxcalteca, que se hallaba acampado fuera de la ciudad, estaba tambien listo, y debia obrar en el momento que escuchase una señal que se le habia indicado.

Cortés habia colocado una fuerte guardia de soldados, armados de espada y de rodela, en la puerta que daba entrada al espacioso patio del edificio en que estaba alojado con su tropa. Los jinetes, montados en sus caballos, se encontraban en un extremo del alojamiento; los arcabuceros estaban distribuidos en diversos puntos, lo mismo que los ballesteros, y la artillería guardaba una posicion ventajosa.

Pocos momentos despues de haber tomado Hernan Cortés las disposiciones referidas, se presentaron en el cuartel español los gobernantes choluleses con cuarenta nobles y varios sacerdotes de los de mas influjo en el pueblo, y los indios de carga para conducir los equipajes.

El jefe castellano les recibió con afabilidad, pero sin desmontar de su caballo.

Transcurridos pocos instantes, llegó al frente de las tro-

pas cholulesas uno de los mas acreditados generales de la nacion. El gobierno de Cholula, á fin de asegurar mas el golpe meditado contra los españoles, envió mucho mayor número de guerreros que el de dos mil, que habia pedido Hernan Cortés. Eran las tropas que, marchando á la retaguardia, debian atacar por la espalda á Cortés y su gente. Se habian escogido, por lo mismo, los mas agueridos escuadrones, mandados por acreditados capitanes, y se habia enviado mayor cifra de guerreros.

Las tropas cholulesas entraron en el cuartel español regocijándose interiormente del resultado feliz que esperaban del plan concebido. No cabiendo todos en los diversos patios, á pesar de la vasta capacidad de ellos, se quedaron en la calle los sobrantes. Contentos con la esperanza de un próximo triunfo sobre los extranjeros, manifestaban su regocijo riéndose con estrépito y expresando en graciosos dichos su alegría (1).

«Muy alegres y satisfechos se manifiestan estos sagaces choluleses», dijo Cortés á su gente, «lisonjeándose con que dentro de poco seremos sus cautivos, nos ofre-

(1) Sufre el Sr. Prescott un lamentable error histórico al hablar de los que penetraron en el cuartel. Dice que era «un número de tamemes ó mozos de cordel mayor del que se les pidió», y hace absoluta omision de los escuadrones armados. Llama la atencion ese silencio en un punto tan interesante, claramente expresado por Bernal Diaz. «E trujeron, dice el franco soldado historiador, mas indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son.» Luego hablando de las órdenes que tenian, añade el mismo Bernal Diaz: «Todos nosotros estábamos muy á punto para lo que se habia de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos á la puerta del gran patio para no dejar salir á ningun indio *de los que estaban con armas.*» Es decir, únicamente á los guerreros, no debiendo existir la misma prohibicion respecto de los pacíficos tamemes.

cerán á sus dioses y celebrarán sus banquetes con nuestra carne. Pero no saben que Dios lo ha dispuesto de otra manera muy distinta» (1).

Al ver reunidos á los mas distinguidos personajes, preguntó por los dos sacerdotes con quienes el dia anterior habia hablado de la conspiracion, informándose de sus pormenores. Contestándole que estaban en la puerta de la calle, deseando entrar para saludarle, mandó á decirles, con Marina y Aguilar, que se marchasen, para evitar así que les aconteciese alguna desgracia en los sucesos que debian verificarse.

Al volver Aguilar de cumplir la orden, Cortés creyó llegado el momento de obrar. Mandó á los principales jefes y capitanes choluleses que se acercasen. No dudando que se trataba de dar algunas instrucciones para el orden que se debia observar en la marcha, se aproximaron y esperaron que hablase.

Cortés, tomando entonces la palabra, les dijo que estaba descubierta la conspiracion de que eran autores. Les dijo que, habiendo sido invitado por Moctezuma á pasar á la ciudad, y recibido con las demostraciones de la mas cordial amistad, habian cometido una infamia imperdonable, proyectando, deslealmente, la muerte de los que, bajo la autorizada palabra de un soberano y la garantía de los gobernantes de una provincia del imperio, habian aceptado la hospitalidad. Los españoles se habian conducido

(1) «¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará nuestro Señor.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

lealmente, guardando las mas altas consideraciones á las autoridades y al pueblo: á nadie habian inferido la menor ofensa: llevados de un sentimiento de gratitud y de deferencia, hicieron que las tropas tlaxcaltecas no penetrasen en la ciudad; y creyendo sinceros los ofrecimientos hechos por los señores y el clero, desairaron la súplica del senado de Tlaxcala que les habia invitado á tomar otro camino, hospedándose en una poblacion que, bajo la máscara de la amistad, ocultaba la mas negra perfidia.

Las palabras de Cortés causaron una sorpresa profunda en los choluleses. La animacion y la alegría, inspiradas por la lisonjera idea de un próximo triunfo, se convirtieron en estupor y espanto. Un terror mezclado de supersticion se apoderó de sus corazones, al verse delante de aquellos seres extraordinarios que parecian adivinar sus pensamientos. Negar lo que sus misteriosos acusadores sabian de una manera que juzgaban sobrenatural, hubiera sido aumentar su culpabilidad. Confesaron llanamente la verdad. Decirla y disculparse, alegando la obediencia al soberano, como leales súbditos, juzgaron lo mas conveniente. Dijeron que todo era cierto; pero que ellos, lo mismo que sus vasallos, no habian hecho mas que obedecer las órdenes enviadas por el emperador Moctezuma.

Cortés, al no tener la mas leve duda del terrible plan que estaba preparado para destruirle en aquel momento, mandó poner presos en una pieza á los gobernantes y principales jefes. Ejecutada la orden en medio del asombro de sus soldados, dió una voz, y el tiro de un arcabuz se escuchó en el instante.

Aquel tiro era una señal convenida.

Al escucharlo, los soldados se arrojaron sobre los guerreros indios que, sorprendidos y aterrados, no acertaban á defenderse. Una descarga de arcabucería introdujo el espanto entre las masas de choluleses que se hallaban apiñados en los patios. El pánico se apoderó de aquellos guerreros al verse sorprendidos por los que creyeron sorprender, y solo buscaban la manera de salir del recinto en que se veían encerrados. Pero era inútil su afán. En las puertas eran recibidos á estocadas por los soldados que las guardaban, y retrocedían al fondo de los patios, donde la caballería, los arcabuceros y los ballesteros les destruían. Al escuchar el ruido del combate, acudieron en socorro de sus compañeros los escuadrones choluleses que se hallaban mas próximos al cuartel; pero recibidos por el fuego de la artillería, se veían precisados á retroceder, dejando cada vez que acometían un considerable número de muertos. La sangre corría entre tanto á torrentes en los patios del vasto edificio. El pavimento se hallaba cubierto de cadáveres de indios. La multitud de guerreros corría en confuso tropel de un punto á otro, sin oponer resistencia, perseguidos como el tímido ciervo por el cazador, logrando algunos salvarse, merced á su ligereza, trepando por la tapia del patio que daba á la calle, y no pocos fingiendo caer heridos y confundiéndose entre los muertos.

Los estragos de aquella sorpresa fueron espantosos. Destruídos los escuadrones que debían formar la retaguardia, y seguro Hernan Cortés de no ser atacado por la espalda, formó su tropa y salió del cuartel para continuar el ataque contra los que le esperaban detrás de las fortificaciones. Las tropas cholulesas, unidas á los batallones me-

jicanos de la guarnición, coronaban las azoteas y los teocallis. Los alaridos de guerra lanzados por los guerreros indios resonaban por todas partes.

Hernan Cortés emprendió su avance por la calle principal; que se hallaba defendida por muchos parapetos.

Por delante de la columna marchaban algunos exploradores cempoaltecas observando el terreno, para librar á la caballería de caer en alguna de las zanjas cubiertas.

A la cabeza del ejército iban algunos arcabuceros, mezclados con igual número de ballesteros. Seguían los soldados de espada y rodela, y distribuidos en grupos de tres, los jinetes. La retaguardia la formaban los aliados cempoaltecas.

Al aproximarse á los primeros parapetos, una lluvia de flechas, de piedras y de saetas cayó sobre los españoles, enviada de las azoteas y de las fortificaciones. Un fuego vivo de arcabuz y de artillería respondió al terrible saludo. La lucha se generalizó á los pocos momentos. Numerosos batallones acudían de todas partes á disputar el paso á los extranjeros, cuya destrucción aun juzgaban segura. Los soldados españoles, en medio de constantes y nutridas descargas de flechas, lograron llegar al parapeto. Varios arcabuceros se subieron á él, obligando, con sus certeros disparos, á huir á sus defensores, mientras los cempoaltecas destruían una parte de él para que pasasen los caballos. Vencido el paso que se juzgaba peligroso, la caballería acometió con ímpetu á los escuadrones indios que marchaban en auxilio de los que se retiraban.

Era la primera vez que los guerreros choluleses y mejicanos veían en acción á los corceles, escuchaban la deto-

nacion de las armas de fuego y sentian el cortante filo de las espadas toledanas. Sin embargo, no por eso se intimidaron. Llenos de valor, y confiando en el crecido número de su gente, luchaban con denuedo, procurando envolver á sus contrarios. Pero las descargas de artillería y las cargas terribles de los jinetes, abriendo inmensos claros en sus compactas columnas, empezaron á introducir el terror. En aquellos momentos de vacilacion penetraron en la ciudad los tlaxcaltecas que se hallaban acampados fuera. Al escuchar los primeros tiros se habian dirigido á ella, como les habia ordenado Hernan Cortés. Llevaban ceñidas sus frentes con guirnaldas de esparto, para que no les confundiesen con los choluleses. Era una medida acertada que dictó el caudillo castellano para distinguirles de los enemigos (1).

La repentina aparicion de los tlaxcaltecas, lanzándose impetuosamente sobre la retaguardia de los choluleses, introdujo el espanto y la confusion en sus filas. Atacados en los instantes mismos por la caballería, y sintiendo el cortante filo de las espadas esgrimidas por la infantería, se vieron precisados á abandonar el terreno, sin detenerse á recoger sus muertos ni sus heridos.

Los españoles siguieron el alcance en la direccion que llevaban los que huian, mientras los tlaxcaltecas, llenos

(1) «Usaron los de Tlaxcala de un aviso muy bueno, y les dió Hernando Cortés porque fueran conocidos y no morir entre los enemigos por yerro, porque sus armas y divisas eran casi de una manera: y así se pusieron en las cabezas unas guirnaldas de esparto á manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad, que no fué pequeño aviso.» — Camargo, *Historia de Tlaxcala*, M S.

de furor hácia los odiados enemigos, se dirigian por otras calles, llevando la destruccion y la ruina.

Los choluleses, perseguidos por todas partes, se hicieron fuertes en las casas y en los teocallis, siendo el punto principal de su defensa el gran templo del «dios del aire».

La lucha en esos puntos fué obstinada. Millares de flechas, de piedras y de jabalinas arrojaban desde las azoteas y torres sobre los asaltantes.

No eran flechas encendidas, como algunos autores pretenden, las que lanzaban en asombroso número de sus formidables arcos; pero sí de puntas matadoras de bronce y de pedernal, capaces de traspasar los petos de algodón adoptados en América por los conquistadores (1). Pero

(1) Solís y Prescott creen en que se arrojaron estas flechas encendidas. Muchos motivos hay para separarse de esta opinion. La principal es que ni Bernal Diaz ni Cortés hacen mencion de ellas, cuando, á ser cierto, hubiera llamado la atencion de ambos, especialmente del primero, que se detiene á decir hasta el número de gajos que tenian las flechas arrojadas en otros combates. Otra es, que para tener á mano el gran número de millares de flechas incendiadas que se necesitaban para sostener un combate, era preciso que cada guerrero hubiera tenido una hornilla á su lado. La tercera, la imposibilidad de tomar con la facilidad y prontitud necesarias en un combate, las flechas para dispararlas; y la cuarta, lo innecesario de ellas en aquella lucha, puesto que solo solian usarse para incendiar algunas torres ó casas de madera cuando el enemigo se hacia fuerte en ellas, y los españoles se hallaban á descubierto. Tampoco puede creerse que, aun cuando las hubiesen arrojado, que no es verosímil, se hubieran podido valer de ellas los españoles para incendiar las torres y las casas, como refieren los expresados historiadores Solís y Prescott. No puede creerse que durasen mucho tiempo las flechas sin apagarse ó consumirse. Además, los españoles no tenian con qué dispararlas; ni aun cuando contasen con arcos para volverlas, querrian perder el tiempo en recogerlas, ni quemarse las manos para tomarlas. Bien veo que quitando las flechas encendidas, á la relacion se la despoja de cierta novedad y colorido; pero en cambio se le da á la historia lo que únicamente le corresponde y la hace apreciable: la verdad.